

PRIMER FORO PARLAMENTARIO DE CONSULTA SOBRE
EDUCACIÓN SUPERIOR, MEDIA SUPERIOR, CIENCIA,
TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN EN MÉXICO
Universidad de Colima, 24 de noviembre de 2006

Mesa central sobre educación media superior

Panelista: **Juan Carlos Yáñez Velazco**
Universidad de Colima, jcyanez@ucol.mx

Para Alfredo Furlan,
con respeto y admiración

1

Es un placer y un privilegio intervenir en la mesa con tan entrañable compañía, y ser parte de este esfuerzo común que generó un espacio para que un día no lejano el sistema escolar deje de ser la eterna e incumplida promesa de construir un país más justo, equitativo y democrático, mediante una escuela de calidad, que quiere decir, incluyente, relevante, democrática e ilusionante. Necesitamos que la educativa no sea, como la “Increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada”, una deuda impagable con enormes franjas de la población.

La primera buena noticia para quienes estamos vinculados a la educación media superior, es que aparezca como un tema central en este Foro. Contra el histórico desdén, esta presencia alienta un prudente optimismo en que aquí podríamos asistir a un parteaguas en la historia de este segmento de la educación nacional, uno de los tres tipos reconocidos por la Ley General de Educación, y la décima parte de los estudiantes del sistema mexicano.

2

Los buenos diagnósticos no garantizan el diseño de políticas correctas, pero malos diagnósticos nos alejan de la comprensión cabal de los problemas y conducen a erróneas políticas. Este axioma es más cierto que nunca en el caso de la educación media superior. Casi todo mundo opina de ella, de sus males, sobre todo, aunque no haya un estudio nacional que nos muestre el panorama. Pareciera que estamos frente a percepciones más intuitivas y parciales. Por eso resulta importante que este Foro sea un punto de partida para orientar políticas y recursos. Aquí tampoco partimos de cero, aunque el balance es menos venturoso que lo logrado para la educación superior, la ciencia y la tecnología, cuyos informes ya muestran avances. En la educación media superior no arrancamos de cero, aunque el temor es que empecemos de menos dos, o menos tres.

3

Cuando se habla de las reformas estructurales se señalan la del Estado, la reforma política, la energética, la hacendaria, pero no la reforma educativa, prioridad de prioridades, si sumamos la cantidad de veces que en estos recintos se han expresado juicios semejantes en poco más de 24 horas. Hagamos de la educativa, entonces, una reforma estructural, o como en otros países, un asunto de seguridad nacional, porque la calidad de vida, la sustentabilidad, el bienestar en las ciudades y los pueblos, el futuro, la dignidad y la capacidad de seguir soñando pasan por la educación; como principio de equidad tendríamos que decir: por el nivel educativo del segmento más pobre de la sociedad.

Diseñar políticas en materia de educación media superior nos demandará, en el corto y urgente largo plazo, revisar con sentido crítico lo hecho en el propio subsistema y en el resto del aparato escolar. Lo que precisamos es, en esencia, lo que formalmente ya antes se ha planteado, para otros niveles y en otros momentos; quizá habrá que ajustar las formas y las actitudes, pero no tenemos que inventar todas las respuestas. Allí están, en las experiencias exitosas en otras latitudes, aquí mismo, pero también en el panteón de las reformas estériles (G. Neave).

4

Los caminos para transitar a una educación media superior a la altura de las exigencias son diversos pero concurren en puntos semejantes. Es obligado aumentar la cobertura en educación media superior, ofrecerla a un mayor número de esa proporción de uno de cada dos que hoy tienen acceso. Mayor cobertura, sí, pero no a cualquier costo pedagógico ni con cualquier salida irresponsable. Advierto un riesgo ya público: los resultados de las telesecundarias, según las cifras del Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación, indican que donde más carencias existen, el Estado instaló las peores condiciones para aprender: la educación de los más pobres es la más pobre de las educaciones posibles. No serán, pues, los telebachilleratos –adoptando el esquema fácil de las telesecundarias- la vía para resolver esa deuda con millones de jóvenes. Tampoco las escuelas privadas, como se alienta. Más cobertura, sí, pero en escuelas dignas.

Necesitamos más cobertura pero de calidad, como se exige en educación superior. Un alumno de enseñanza media superior ni

vale ni merece menos. Más becas a estudiantes, sí, bienvenidas, pero el problema hoy no son sólo las condiciones económicas de los estudiantes, también requerimos más espacios en instituciones públicas.

Políticas para la calidad son imperativas. Puede ser con el esquema evaluado, revisado y corregido del PIFIEMS. Pero los balances del PIFI son muy elocuentes y debemos por lo menos leerlos. Necesitamos programas que no nos consuman cinco o seis meses por año, que no gasten los escasos recursos de la media superior – incluyo un reducido número de PTC-. Que no obligue a planear la planeación de lo planeado. Que no se obsesione con cuántos indicadores caben en la punta del lápiz. Que planee con estudiantes y profesores de carne y hueso. Que entienda la diversidad y la encauce. Que estimule a todas las instituciones, a las mejores o más aptas para esas pruebas, así como a las que tengan mayores retrasos. Que no concedan más sólo a quienes más tienen y luego tendrán más.

Políticas para la planeación, sí, por supuesto hacen falta, pero no sólo para regularla, también para que la educación media superior crezca, para aumentar su oferta de calidad. Planeación en serio, con la deliberación de las comunidades académicas, con su participación, pues sin ella, la única garantía es el fracaso.

Exigimos –tal vez no sea una palabra políticamente correcta pero es precisa- una política de formación docente, pero no cualquiera. No sólo para los profesores de tiempo completo: no se puede mover a una institución sólo con –en el mejor de los escenarios- un tercio de

sus trabajadores, ni tampoco se puede pretender que la escuela forme en valores si los docentes enfrentan, en carne propia, en su salario, una situación injusta y deprimente. ¿Mejores profesores? Sí, más preparados, más motivados, pero pagados con esquemas de evaluación justos. Aquí, por cierto, cabe una pregunta de Rollin Kent, a propósito de los programas de estímulos en educación superior: ¿Es válido afirmar que un profesor que publicó un artículo en una buena revista pero es un docente regular debe recibir más dinero que uno que no publica pero imparte unas clases sensacionales? Podríamos agregar: ¿Es válido que un profesor que imparte clases frente a grupos de 50 o más estudiantes -en plena efervescencia hormonal, en salones precarios- no tenga siquiera la posibilidad de aspirar a una situación más decorosa?

Es urgente la articulación entre los niveles educativos, y en la media superior, entre los distintos subsistemas. El Programa Nacional de Educación 2001-2006 se proponía la gran reforma estructural de la media superior: se redujo a tres reformas (la de CONALEP, la de DGB y la de educación tecnológica). Luego, vino la controvertida reforma de la educación secundaria, evidentemente sin conexión con aquellas. Antes, los PIFI se concibieron sin reparar en que más de 20 universidades públicas tienen educación media superior. Eran programas integrales, pero sin la mitad o más de la institución, en algunos casos. En síntesis, cada tramo se concibe, planea, administra y evalúa en forma aislada. Las conclusiones son obvias.

Políticas de evaluación, sí, pero de evaluación académica, no de medición para sancionar y poner estrellas en la frente. ¡Falso que lo que no se puede medir no es de calidad!: ¿cómo calificaríamos

entonces a Octavio Paz, a José Saramago? ¿Sólo por el número de obras publicadas, el número de ediciones, la cantidad de lenguas a que se tradujeron, o por sus perfiles, cuyo indicador sería el número de doctorados honoris causa? Cuidado con ciertos “paradigmas de calidad.” Philippe Meirieu nos alerta: “¿Pero quién se atrevería a decir que en los hospitales el cambio de las horas de comida, la disminución de los pacientes por habitación y el aumento de la duración de la estancia –todas ellas medidas deseables- son suficientes para curar a los enfermos y suspender todo tratamiento?”

¿Políticas para la evaluación? Sí, nadie duda de su importancia, ni la rehuye. La pregunta es qué tipo y para qué fines. Sí a la evaluación articulada al análisis no sólo estadístico de sus resultados; vinculada al diseño de estrategias para resolver los desafíos. Evaluación para aprender y cambiar, no para evaluar y pregonar transformaciones epidérmicas.

Al interior de las universidades debemos revisar esquemas y prejuicios. Basta de mirar por encima del hombro a la media superior. Los profesores de bachillerato egresaron de las facultades: ¿quién tira la primera piedra? Basta del desdén, a sus profesores y a sus estudiantes. La educación media superior y la superior forman lo que Edgar Morin llama un “bucle retroactivo”: son causa y efecto. La teoría que concibe a la educación media superior como el cuello de botella de la superior es un boomerang: más egresados de bachillerato no caben en las universidades. Los ejemplos abundan.

5

Habrá que reconocer, con el ilustre maestro Pablo Latapí, que “mayor calidad supone siempre mayor esfuerzo, tanto de los profesores y alumnos, como de la institución. Será, por tanto, inútil discutir propuestas de calidad educativa en un ambiente en el que las partes o alguna de ellas quisieran seguir la ley del menor esfuerzo o consideraran un ‘logro político’ el ganar lo mismo trabajando menos.”

En síntesis, nos urgen políticas para una labor más inteligente, sensible y edificante, que pongan a los seres humanos en el centro, no sólo a profesores y estudiantes. Que coloquen a la educación y no al aprendizaje en el centro. Que reconozcan a esa cuantiosa proporción de estudiantes que trabajan; de profesores que tienen dobles, triples turnos, empleos de fin de semana. Todo, para que la educación media superior egrese los ciudadanos “reflexivos”, como afirmaran Giddens y otros analistas. O nuestra democracia será, *ad infinitum*, una flor frágil. Políticas para hacer de la educación, como en aquel conocido informe coordinado por Jacques Delors, el tesoro encerrado que habrá que descubrir en cada niña, en cada joven, en cada mexicano.